

á ocupar sus asientos, y Gamaliel, despues de haber escuchado algunas palabras que Caifás murmuró á su oido, citó á los miembros del Sanhedrin para la próxima sesion, que debia tener lugar en el cónclave Gazith, á las primeras horas de la ya próxima mañana.

## CAPITULO XXVI.

### El Canto del gallo.

Tan pronto como la sesion se hubo levantado, Eleazar con ademan amenazador dirigióse al puesto donde se hallaba Nicodemus.

El malvado tenia necesidad de desfogar su ira, y como su padre estaba muy alto, pensó que le seria cosa fácil hacerlo dirigiéndose al fiel discípulo de Jesucristo, para llenarle de soeces insultos y de amenazas tan repugnantes como asquerosas.

Y Eleazar desatóse á su placer injuriando á Nicodemus, que con su imperturbable serenidad, dábale á comprender, que ni estrañaba la conducta del hijo de Anás, ni le hacian mella los apóstrofes y las amenazas que le dirigia.

Por fin, Eleazar cansado ya, dejó á Nicodemus, mientras que iba á reunirse á un grupo de jueces, que en torno de Jesucristo le maltrataban de obra y de palabra.

Jamás se vieron tantas bajezas como las de aquella noche, desde la fundacion del mundo; jamás los hombres habian descendido tanto, para atormentar al inocente y pacientísimo Jesús.

Los insultos y los tormentos que le prodigaban todos los allí reunidos, solo pueden compararse á una tempestad deshecha y espantosa, de esas que durante los dias de verano se desatan en algunas regiones, reduciéndolo todo á la nada, y llevando la desolacion donde quiera que llega su soplo.

Los puntapiés, las bofetadas, los puñetazos menudeaban sobre Jesucristo con verdadero frenesí; uno le mesaba los cabellos, otro arrancábale las barbas; este se divertia sacudiendo las cuerdas y cadenas sobre el divino cuerpo; el otro hacia correr á viva fuerza aquellas cuerdas y estas cadenas, sobre las heridas en que se hallaban sepultadas ya, renovando de esta manera la sangre, las llagas y el dolor, y por fin, mientras los unos apuraban todos los recursos de su inteligencia maldita para atormentarle y humillarle, otros se divertian arrojando al divino rostro los inmundos esputos de sus bocas, no tan inmundos, sin embargo, como lo eran sus almas.

Por fin se cansaron, y el corro empezó á decrecer.

Jesucristo sufria y callaba con una paciencia sin igual. De sus divinos labios no salia una queja; un grito de indignacion no brotaba de su alma; su pecho enamorado de los hombres, rogaba al Padre celestial que perdonara á los infelices que le maltrataban, por amor á los mismos sufrimientos con que le afligian.

De vez en cuando los labios del divino Redentor abriánse tan solo para dar paso á un ligero y tierno quejido, y esto, que únicamente sucedia cuando el tormento que le causaban aquellas fieras llegaba al colmo de su acerbidad, era recibido con una general carcajada, con elogios tributados al malvado que produjera aquel quejido, y con nuevos insultos, nuevas burlas, nuevos apóstrofes y tormentos dirigidos al pacientísimo Jesús.

Aquello solo faltaba para poner el colmo á la iniquidad de los jueces de Israel, y el crimen inaudito de atropellar y de cebarse en su inocente víctima, era la infernal corona de todos sus incaleficables y espantosos crímenes.

Nicodemus y José de Arimatea no pudieron resistir por mas tiempo á la representacion de tan horrendo espectáculo, y llorando desaparecieron del salon, para ir á ocultar sus angustias y su dolor en el seno de las tinieblas de aquella noche horrenda.

Nadie se interpuso ante su paso, y silenciosos, y con el alma desgarrada, salieron del palacio de Caifás, convertido de entonces para siempre en palacio del crimen y en antro del infierno.

Mientras tanto Caifás dió órdenes á Malco, para que se apoderase de nuevo del divino Nazareno, añadiéndole:

— Podedis divertir os con él á vuestro placer. Nadie se opondrá á ello: os lo entrego, de la misma manera que puede entregarse un perro á los chiquillos, para que le hagan morir á pedradas.

Malco preguntó al pontífice con una sonrisa fiera, indefinible, horrorosa, capaz de estremecer á un peñasco:

— ¿Es decir, que aun cuando muera poco importa?

— ¡Ah! eso de morir no. Conviene que llegue vivo á las primeras horas de la mañana.

— Como habiais dicho aquello del perro y de los niños, pensaba si tal vez se nos permitia acabar con él.

— He querido decirte, que por mucho que hagais, nadie se atreverá á reprenderos; pero léjos de mí querer significar que podríais acabar con él como si fuera un reptil inmundo, cuando se ha resuelto que al amanecer comparezca ante el tribunal, para oír su fallo y sentencia.

— ¡Entendido! — dijo Malco con fiera alegría.



Habia en el piso bajo un aposento sùcio y desaseado.  
Allí fué conducido el Señor.

Y apoderándose del pacientísimo Jesús, tomó Malco las cadenas con las que el Salvador se hallaba maniatado, y queriendo sin duda lucir sus habilidades, y demostrar aquel espíritu del mal á los ojos de los jueces, que no era indigno del cargo que le habian confiado, arrimó á los riñones de Jesucristo un tremendo puntapié, que le hizo vacilar por unos momentos, y que arrancó á la nobilísima é inocente víctima un gemido tan profundo como doloroso, gemido capaz de despertar la compasion y de mover á lástima las paredes del salon, pero que no encontró eco en los fieros pechos de aquellos infames, mas que para hacerles soltar una estridente carcajada, al tiempo que se deshacian encomiando al maldito Malco.

Y así gimiendo Jesús, y apenas pudiendo respirar, zarrandeándole cruelmente el criado digno del pontífice, y riéndose los sanguinarios jueces de los visajes de la víctima y de las habilidades del verdugo, salieron del salon.

Eleazar, que gozaba en aquella escena, como goza el puerco revolviéndose y hozando en un lodazal infecto, colocóse al lado de Malco, envidiándole tal vez los elogios de que el miserable criado se veia colmado. Y sin duda pensó conquistar para sí la misma celebridad, pues no bien llegaron los tres á la primera grada de la escalera, que con paso débil y remiso empezaba el Cristo á descender, cuando el hijo de Anás le arrimó un tan tremendo empujon, que obligando á Malco á soltar las cadenas que tenian amarrado á Jesús, precipitó violentamente al Salvador escalera abajo.

Y con grande estruendo y algazara, el divino Redentor recorrió á tumbos todos los peldaños, hasta parar en el piso del atrio, donde desvanecido y sin fuerzas se detuvo.

Todos por de pronto le creyeron muerto, y al observar

que tornaba en sí, quedáronse admirados, porque parecía imposible que un cuerpo sufriera sin morir, los golpes y los tormentos que hasta entonces había resistido el cuerpo del Señor.

Eleazar estaba satisfecho. Desde lo alto de la escalera contemplaba sonriendo la escena de los tumbos que daba Jesucristo, y las risotadas y los aplausos de los jueces y de los soldados, eran cosa mas grata para el malvado, que los honores del triunfo lo fueron para Julio César.

Cuando Jesucristo, revolviéndose en un charco de su divina sangre, por sus gemidos casi imperceptibles dió á comprender que vivia; cuando oyeron que rogaba al Eterno Padre que le diese fuerzas para apurar el cáliz del dolor hasta las heces, entonces Eleazar, deseando proseguir en el desempeño de su papel de verdugo, dijo desde arriba:

— Espera, espera; ya verás como yo te comunico esas fuerzas que pides, sin necesidad del auxilio de tu Padre.

Y descendiendo apresuradamente la escalera, (en cada uno de cuyos peldaños había una marca sangrienta), llegó al atrio, y cogiendo una lanza, sacudióla como un frenético sobre el cuerpo divino, animándole á levantarse, y profiriendo blasfemias que estremecian.

Con la ayuda de Malco Jesucristo se puso en pié, y mas bien llevado arrastrando, que no por sus propios pasos, dirigióse al punto que para cárcel y lugar de su tormento le tenían preparado.

Había en el piso bajo un aposento súpicio y desaseado. Allí fue conducido el Señor, porque aquel era el lugar que para cárcel le habían destinado.

Eleazar penetró en él, indeciblemente satisfecho de su obra, para ver como Jesús era martirizado.

Aquellos martirios despiadados tenían para el misera-

ble hijo de Anás, todo el agradable sabor que tiene la sangre humeante para la traidora hiena.

El aposento era muy reducido, y como la noche estaba tan oscura, habíanlo alumbrado con un grande hachon, sostenido á la altura de un hombre por un anillo de hierro fijo en la pared.

Un humo denso acababa de aumentar el horror de aquel aposento. nauseabundo.

Los verdugos y demás soldados, que pululaban por el patio de la casa, viendo de nuevo entre sus manos el inocente y divino Mártir, agolpáronse á la puerta del aposento para contemplar á su víctima.

Malco, animado por Eleazar, y viendo que Jesucristo no tenía fuerzas para sostenerse en pié, arrimóle un puñetazo en el pecho, y soltando en aquel mismo instante las cuerdas y cadenas, arrojó á un ángulo del aposento al Señor, que dando con la cabeza, un tremendo golpe en la pared al mismo tiempo que le inundaba en sangre copiosa, hacía caer sin fuerzas, y le dejaba sin poder moverse de la dolorosa posicion en que había caído.

Eleazar soltó una carcajada, y aplaudiendo frenéticamente, dijo á grandes voces:

— Malco, ¡eres un héroe!

Esta exclamacion y las carcajadas que resonaban en la puerta del aposento, llamaron la atencion de algunos verdugos diseminados por el patio y el zaguan, quienes picados de la curiosidad, y deseando saber qué había sido aquello, todos en tropel precipitáronse á la puerta del aposento, donde tan horrible escena se estaba representando.

Pedro, que casi sin fuerzas vagaba por el patio, oyendo aquellos alaridos y la exclamacion de Eleazar, tuvo tambien curiosidad de saber lo que á su divino Maestro le

habia acontecido, y aunque temblando, porque sentia que el corazon se le desgarraba dentro del pecho al ver tanta iniquidad, dirigióse tambien al punto donde los demás se hallaban agolpados, dando muestras de un regocijo y de una hilaridad que el mismo infierno debia sin duda envidiar.

La turbacion de Pedro le descubria á su pesar. Amaba á su divino Maestro con todo su corazon, y al verle tratado de una manera tan vil, á veces las lágrimas se le agolpaban á los ojos; á veces suspiraba profundamente, cuando creia hallarse solo, y siempre una palidez y una tristeza particular se hallaban pintadas en su rostro, de modo que todo contribuia á hacerle sospechoso, y en especial para la maliciosa suspicacia de la vil portera, que como sabemos, cobrara una grande ojeriza á Pedro, por la única razon de haberle pedido con humildad lo que los otros le pedian en tono de mando.

Y aquella mujer, movida de la curiosidad, dirigia tambien precipitadamente sus pasos al aposento donde habia Jesucristo penetrado, cuando hallando en su camino á Pedro, con entonacion y voz fuerte le dijo:

—Tú darás un qué sentir á los pontífices. El corazon me lo dice, y cuando te digo que el corazon me lo dice, es porque no se engaña nunca.

—Y ¿por qué causa he de dar yo á los pontífices ese qué sentir de que me hablas? Yo los respeto y venero como el que mas, —contestó Pedro con voz no muy segura.

—Sí; yo te digo y te aseguro que darás un qué sentir á los pontífices, porque tú has venido á espiar lo que aquí sucede, á fin de poder alborotar la ciudad y apoderarte del criminal: — continuó la portera levantando mas la voz, como si pretendiera llamar la atencion.

Pedro bajando mas la suya, á medida que aquella mujercilla la levantaba, insistió:

—Pero, mujer, tú te has propuesto desesperarme esta noche. ¿Por dónde has podido deducir que yo llevo las intenciones de que me acusas?

—¿Por dónde?—esclamó la criada con voz mas alta, á medida que la de Simon Pedro era mas baja, —¿por dónde? ¿Acaso no te conozco yo por uno de los sectarios del Nazareno?

Y como Pedro fuese á contestarla, prosiguió levantando mas y mas el timbre de su voz, de modo que no eran ya palabras, sino gritos, lo que la criada articulaba, acompañándolo de las manotadas y aspavientos, con que las mujeres mas vulgares suelen acompañar sus disputas callejeras con alguna vecina:

—No mientas, nazareno, no mientas, porque es tan cierto que tú te has propuesto dar un qué sentir á los pontífices, como ahora es de noche.

—Te digo que no.

—Yo te digo que mientes, y que eres un miserable, merecedor de la misma suerte de tu Maestro.

No se necesitaba mas para llamar la atencion de los verdugos del Cristo, los cuales oyendo las descompasadas voces de la portera, acudieron al sitio donde eran proferidas, para enterarse de la causa que las podia motivar.

Y agolpándose en torno de Pedro y de la criada, preguntó un hermano de Malco, que se hallara en la quinta de Gethsemaní en el acto de la prision inhumana del Salvador:

—Y bien, ¿qué es eso?

—Este miserable que se ha introducido traidoramente aquí, para ver si logra arbitrar medios de salvar al Naza-

reno, procurando referir á sus partidarios lo que pasa, al efecto de promover un motin en la ciudad, que tenga por objeto libertar al criminal.

Pedro, verdaderamente aterrado por las acusaciones de aquella mujerzuela, y temiendo participar de los martirios de su divino Maestro, pidió fuerzas á su desesperacion, y dijo:

— ¡Qué empeño es el de esta mujer! No sé la causa por qué me ha cobrado tanta ojeriza, cuando nunca le he causado molestia ni daño alguno.

— Pero dí: ¿tú no eres discípulo del Nazareno? — insistió la criada, que tal vez por la predisposicion de los circunstantes, iba pensando haber logrado el objeto que se propusiera, cual era hacer encarcelar á Pedro.

— Yo no soy lo que dices. Lo he dicho no sé cuántas veces esta noche, y te lo vuelvo á repetir ahora.

— Y á mí ¿qué me importa que lo hayas negado ya por dos veces? ¿Acaso no eres tú hijo de la mentira, y discípulo de la iniquidad, para que vayamos á creer en tus aseveraciones?... ¡Sí, sí, sí!... lo repito y lo repetiré siempre; tú eres un discípulo del Nazareno; tú has venido para dar un qué sentir á los pontífices, y si no se da crédito á mis palabras, cuando venga el arrepentimiento este ya será tardío.

La criada, haciéndose la despechada, rompió el círculo que los soldados y verdugos formaban en torno suyo, y dejando allí á Pedro confundido y temeroso por aquellas aseveraciones, se dirigió al aposento donde el Señor, tendido en tierra y sufriendo indeciblemente se hallaba.

La vil mujerzuela dijo algunos insultos al Cristo Salvador, y con verdadera fruicion estúvole contemplando. Los tormentos de Jesús, léjos de ablandar su corazón le endu-

recian, y preferia aquel espectáculo desgarrador á los elogios y á las vanidades.

¡Tal era su corazón!

Mientras tanto, Pedro, empeñado en defenderse de la cruel muerte que á su parecer le amenazaba, pedia fuerzas á la desesperacion, y con la formalidad con que se asevera lo que es cierto, decia á los verdugos de Cristo:

— Nada tengo que añadir á lo que por dos veces os he dicho. Yo no conozco al hombre de que se me habla, y solo la curiosidad ha podido introducirme aquí, valiéndome de un amigo del pontífice. La portera se ha empeñado en ver en mí un criminal, cuando soy por carácter el hombre mas inocente del mundo, y el mas incapaz de hacer mal á nadie.

— Á pesar de todo, — dijo por fin el hermano de Malco, — yo te reconozco tambien por uno de los discípulos del Nazareno.

Pedro aterrorizado, se estremeció. La entonacion áspera de su interlocutor parecióle mucho mas agresiva que la chillona de la portera, y resuelto á defender su vida, aun cuando fuese á costa de terribles perjuros, contestó:

— Pongo por testigo al Dios Altísimo, que ve la sinceridad de mi corazón, que no conozco ni quiero conocer al hombre de que hablais.

— Tú mientes con el descaro del que ha aprendido la impostura en la escuela del impío Nazareno, pero á pesar de tus mentiras y de tus embustes, sigo opinando que eres uno de sus discípulos, y como tal, recibirás el castigo merecido, puesto que añades á tu crimen el de espionaje.

— Atiende, hombre, y hazte cargo de mi sinceridad. ¿Crees tú que me atreveria á jurar por el nombre sagrado del Altísimo, que no conozco al hombre de que me hablais?

¿Crees tú que invocaria sobre mi cabeza la cólera del Eterno, para evadir la cólera con que vosotros me amenazais?

— ¿Y crees tú, — repuso el hermano de Malco, — que á mí has de engañarme con palabras? ¿Acaso tu dialecto no descubre en tí al hombre de la Galilea, para que haga ningun caso de tus aseveraciones y de tus juramentos?

— Y dime, — continuó Pedro, — ¿son todos discípulos de ese hombre los naturales de la Galilea? ¿Y no se hallan acaso en Jerusalem muchos de mi tierra, con motivo de la fiesta de la Pascua?

— Ya basta de palabras, porque tú, como tu Maestro, esgrimes prodigiosamente la lengua, que es el arma de todos los traidores: — dijo impacientado ya el interlocutor de Pedro. — ¿Acaso piensas que no te reconozco? Tú eres uno de aquellos que se hallaban en el huerto con el Nazareno, donde uno de vosotros ha cortado la oreja á mi hermano.

La última aseveracion del verdugo hizo estremecer visiblemente al débil Pedro, porque como sabemos, habia sido él el que cayendo sobre el criado del pontífice le cortara la oreja.

Si llegaba á suponerse que el que tal cosa hiciera era el mismo Pedro, ¿qué misericordia podia esperar de aquella gente desapiadada?

El débil discípulo pensó entonces en las advertencias que Juan le diera antes de entrar en el palacio de Caifás, y con profundo dolor de su alma dolíase de no haberlas seguido, mas por lo que peligraba su vida, que por lo que habia faltado á su divino protector y amigo.

Y hallándose falto de valor para arrostrar impávido la muerte, despeñóse por el precipicio de su debilidad, y prefiriendo la vida con un perpétuo remordimiento, á los hor-

rores de la muerte que en su concepto le amenazaba, empezó á negar con tal afán á su divino Maestro, á hablar con tanto enfado de Jesús, que los mismos que le escuchaban, llegaron á persuadirse que Pedro ninguna relacion habia tenido jamás con Jesucristo.

Y riéndose los verdugos dejaron en paz al débil apóstol, mientras que este adelantaba maquinalmente algunos pasos, hasta venir á colocarse, sin advertirlo, á la puerta del aposento donde sufría su divino Maestro.

En aquel momento una voz estentórea, fatídica, ronca y ardiente resonó en el espacio, haciendo estremecer al débil pescador del lago de Genazareth.

Era la voz del gallo que avisaba á Jerusalem la cercana venida del alba; era el segundo canto del gallo, del cual en las primeras horas de la noche hablara Jesucristo á Pedro, anunciándole que antes del segundo canto del gallo le habria negado tres veces.

Pedro sintió como que el corazon se le desgarrara dentro del pecho, recordando las palabras de Jesucristo y su increíble negacion, y mientras que ponía los ojos en su divino Maestro, este enviaba al alma de su amigo una mirada redentora.

Aquella mirada era á la vez un triste reproche; aquella mirada decia al débil apóstol:

— Pedro; ¿qué se han hecho tus bríos? ¿Qué ha sido de la amistad que me profesabas? ¿Así te gozas en atormentar mi corazon, cuando por amor á tí me ves en tanta congoja? ¿Merecia esto de tu parte, amigo mio, cuando he velado por tí como si fueras mi hijo?... Pedro; ¿qué has hecho?

El débil apóstol no pudo resistir aquella mirada redentora, y ante tan justos y tiernos reproches, deshízosele el

corazon en amargas lágrimas, y brotaron de su garganta algunos suspiros, mientras que Jesucristo tornaba á mirarle blandamente, y compadecido de su debilidad, parecia decirle con aquella mirada :

— Pedro, amigo mio; mucho mal me has hecho, mas yo te perdono... Abandona esta casa y vé á llorar tu pecado.

Simon Pedro, obediente á las inspiraciones de la gracia, y hecho un mar de lágrimas, salió de aquel palacio, donde se habia tramado el crimen mas espantoso que los siglos han presenciado, y que las edades pueden presenciar.

¡Oh! ¡á cuán triste precio habia comprado el débil apóstol la amargura de toda la vida!

## LIBRO SÉPTIMO.

SIMON PEDRO Y JUDAS ISCARIOTE.

### CAPITULO I.

Una conversacion.

Á duras penas habia Pedro logrado contener la esplosion de sus lágrimas y de su dolor, dentro del palacio de Caifás.

Habia llorado, es verdad; habia sentido herido su pecho por la punta acerada y desgarradora de su remordimiento; pero sus lágrimas y su amargura no fueron advertidas por nadie mas que por Jesucristo, que en mitad de sus congojas se olvidaba de sí propio, para no acordarse mas que de Pedro, á quien la debilidad condujera tal vez á la desesperacion, si no fuese por la inagotable misericordia del Redentor, que le llamó al arrepentimiento por medio de aquella mirada salvadora.

Simon Pedro sentia en su pecho un dolor tan grande como grande habia sido su culpa, y recordando su negra ingratitud, las lágrimas y los gemidos le parecian poca